

(págs. 405-19), que además, aparece desconectado del capítulo anterior, cuando en realidad las creencias en la supervivencia del hombre o de algo humano tras la muerte dependen en gran manera del concepto antropológico que se profese: Puede confrontarse estos dos capítulos con la exposición que hago en mi obra *Antropologías y teología*, EUNSA, Pamplona 1976, 83-164, 227-300, 371-478:

Pero estas y otras sombras, aunque entenebrecen las luces, muy meritorias en no pocos aspectos, de este libro, no las apagan. Su lectura puede resultar muy útil para personas de sólida formación intelectual, que se interesen por el fenómeno religioso y por sus manifestaciones históricas, o sea, por el hombre que siempre ha sido, es y será animal, no sólo racional sino religioso.

MANUEL GUERRA

José Luis ILLANES, *Sobre el saber teológico*. Madrid, Ed. Rialp ("Naturaleza e historia", n. 40), 1978, 288 pp., 12 × 19.

"Los ensayos que integran este libro —dice el autor en el prólogo— giran precisamente en torno a la determinación del ser y de la estructura de la teología" (p. 12). Efectivamente, esta nueva obra del Prof. Illanes contiene una seria contribución a una de las más apremiantes cuestiones de este tiempo de crisis: centrar la naturaleza y el sentido de la específica aportación a la vida de la Iglesia que es propia del oficio del teólogo. La lectura del libro pone a la luz la línea vertebral de todo el discurso, que manifiesta un raro equilibrio de pensamiento: el autor subraya una vez y otra cómo la teología —desde la época de los Padres a las más auténticas manifestaciones contemporáneas— incluye en su hacerse —y por tanto en la subjetividad del teólogo— "un afán, un deseo, un amor que afecta y conmueve a la entera persona"; pero, a su vez, "no podemos desconocer sus dimensiones científicas, lógicas, estructurales" (p. 11). Estos dos momentos, que podríamos calificar de existencial y científico del saber teológico, son los que van apareciendo de continuo en los diagnósticos y en la perspectiva del autor, en síntesis armoniosa. Ni el existencialismo, que abdica en última instancia de la insoslayable objetividad de la verdad revelada para quedarse en un compromiso sin objeto, ni el intelectualismo, que en realidad hace depender la inteligencia de la fe de la proyección sobre ella de una determinada instancia filosófica, pueden fundamentar

el sentido del "saber teológico". Illanes, a lo largo de estas páginas irá mostrando frente a las hoy tan acusadas corrientes de tipo existencialista y, en definitiva, agnósticas, que "la experiencia existencial y, en un plano superior, la fe son encuentro, vida, comunicación, pero lo son no en la oscuridad o por medio de un salto hacia lo desconocido, sino en la luz y en la verdad" (p. 15). Ante el intelectualismo, que parece clamar "salus ex philosophia" —como si el único criterio válido de crítica teológica fuera el comparar una teología con las posiciones filosóficas a ella subyacentes o encontradas—, recordará que se dan ciertamente nexos intrínsecos entre la fe y filosofía, pero ello "no porque la teología consista en una aplicación de las perspectivas filosóficas a los datos de la revelación cristiana, sino, al contrario, porque la coherencia con esa revelación implica un filosofar en la fe" (p. 15).

La posición de Illanes en la obra que nos ocupa será, una vez determinadas las relaciones entre los dos momentos existencial y científico de la teología, la de reivindicar la legitimidad, más aún, la exigencia del momento especulativo y reflexivo en el caminar humano: "es necesario, para la salud de su entera vida, que el hombre se detenga para considerar, en cuanto que fundado en verdad, el ser que se le aparece y la Palabra que se le dirige. Y ese momento es lo que da lugar, en todo hombre, a la filosofía y, en el creyente, a la teología" (p. 15).

Estas ideas son las que se desgranán en los cuatro capítulos del libro. El primero es una magna confrontación entre los dos colosos de la teología latina: San Agustín y Santo Tomás. Este no se entiende sin aquél y aquél tiene necesidad de este. No es una mera investigación "histórica", en el sentido de erudición de tiempos pasados, la que aquí ofrece Illanes, sino un pulsar pacíficamente el sentido de un acontecimiento histórico —el trabajo de Santo Tomás, entre Agustín y Aristóteles— que constituye una ocasión privilegiada para captar el ser y la naturaleza de la teología, tal como antes la apuntábamos.

El segundo capítulo retoma de algún modo el mismo tema de fondo con ocasión de abordar la moderna —aunque en el fondo antigua— y debatida cuestión del "pluralismo teológico". Después de someter a una serena y aguda crítica la concepción del pluralismo de Karl Rahner, el autor expone su propia visión de las cosas, lo que llama "realismo creatural y personalista" frente al monismo —que niega todo pluralismo— y el agnosticismo, que identifica pluralismo con incomunicabilidad. Son dos gno-seologías irreductibles las que gravitan sobre la cuestión y con-

dicionan sus resultados. Sólo desde una gnoseología realista puede captarse plenamente el hecho histórico de la Revelación y afirmarse el verdadero sentido del pluralismo en teología: este no es el resultado mecánico de la proyección de la autónoma subjetividad pensante, sino algo que arranca a la vez de los límites de la razón humana y de la riqueza de la Revelación divina. De ahí que no sea la diversidad sino la verdad la que deba ser buscada por sí misma: una búsqueda del pluralismo por el pluralismo, dice Illanes, es señal “de una involución subjetivista que olvida que no es a partir de sí mismo, sino al fundarse en la verdad y en el bien como el sujeto humano encuentra su perfección” (pp. 151-152).

Los otros dos capítulos de la obra que comentamos abordan el tema en diálogo con dos figuras prominentes del pensamiento contemporáneo: el luterano Tillich y el católico Maritain. No están elegidos al azar. La primera —estudiada en su fundamental *Teología Sistemática*— significa un prototípico desarrollo de una teología que acepta el planteamiento kantiano, según el cual debe ser considerado como heteronomía todo lo que no proceda del hombre mismo (aunque Tillich quiere evitar —sin lograrlo— la disolución naturalista de la fe que va implícita en aquel planteamiento). La segunda —en perspectiva abarcante de su itinerario intelectual— es un paradigma existencial de cómo, superada la tentación fideísta, el cristiano puede y debe abordar los contenidos de su fe con las más rigurosas exigencias de la ciencia. El autor somete a una crítica certera el planteamiento tillichiano —“una ontología entre la ambigüedad y el panteísmo” (p. 185)—, y el de Maritain: aún no compartiendo aspectos en los que desemboca la posición intelectual de este último, le interesa sobre todo su temático “filosofar en la fe”, su innegable aportación a la hora de precisar las relaciones entre fe y filosofía y, en consecuencia, la naturaleza del saber teológico, que es lo que Illanes va perfilando en estas páginas.

Un libro, en definitiva, de los que compensa leer a profesores y estudiantes de la teología, esa ciencia vital para el Pueblo de Dios y que hoy padece también —a los ojos de muchos— una crisis de identidad. Este libro, en su brevedad, puede contribuir a superarla. Para Illanes “la filosofía es el resultado de un amor que busca, mientras que la teología es el fruto de un amor que ha encontrado” (p. 11), que es como decir que la teología se construye desde la amorosa recepción de la Palabra de Dios al hombre, es decir, desde la fe pura de la Iglesia.

PEDRO RODRÍGUEZ